

Verso y prosa (Antología)

Rubén Darío

Edición de Isabel Paraíso

ÍNDICE

11 **Introducción**

- 11 «Y era en mi Nicaragua natal»
- 13 «Mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París»
- 14 «El verso azul y la canción profana»
- 17 Los cuentos
- 18 Temas
- 19 Estilo
- 20 Conclusión

21 **Azul**

- 23 Anagke
- 27 Caupolicán
- 28 Venus
- 29 De invierno
- 30 Walt Whitman

31 **Prosas profanas**

- 33 Era un aire suave...
- 38 Sonatina
- 41 Alaba los ojos negros de Julia
- 42 Para una cubana
- 43 El país del sol

- 44 Heraldos
45 Coloquio de los Centauros
57 El poeta pregunta por Stella
58 Año Nuevo
60 Sinfonía en gris mayor
62 Verlaine. Responso
65 Cosas del Cid
68 La gitanilla
- 69 **Cantos de vida y esperanza**
-
- 71 Yo soy aquel...
77 Salutación del optimista
80 Los tres Reyes Magos
81 Cyrano en España
84 A Roosevelt
87 Canto de esperanza
89 Marcha triunfal
92 Nocturno
94 Canción de otoño en primavera
98 El soneto de trece versos
99 A Phocas el campesino
100 Un soneto a Cervantes
101 De otoño
102 A Goya
105 Soneto autumnal al Marqués de Bradomín
106 Nocturno
107 Letanías de Nuestro Señor don Quijote
111 Allá lejos
112 Lo fatal
- 113 **El canto errante**
-
- 115 El canto errante
117 Momotombo

121 Versos de otoño

122 «Sum...»

123 Antonio Machado

125 **Canto a la Argentina**

127 Los motivos del lobo

133 **Obra dispersa**

135 A Francisca

137 **Cuentos**

139 Historia prodigiosa de la princesa Psiquia

149 El sátiro sordo

157 El velo de la reina Mab

162 Palomas blancas y garzas morenas

171 **Después de la lectura**

171 El verso azul y la canción profana

INTRODUCCIÓN

Si te gusta la poesía, te gustará Rubén Darío. Si tu espíritu busca espontáneamente lo elevado y lo hermoso, leerás con placer a Rubén Darío. Si te atrae la música del verso, el ritmo de las palabras en la poesía, sin duda apreciarás a Rubén Darío. Porque es uno de los mayores poetas en lengua española.

«Y era en mi Nicaragua natal»

Rubén Darío revolucionó la poesía hispánica. Su genialidad y sus peripecias biográficas le permitieron situar la poesía española a la altura de la mejor poesía del momento.

Se llamaba en realidad Félix Rubén García Sarmiento. Había nacido en Metapa (Nicaragua) el 18 de enero de 1867. Era racialmente mestizo (y esto tiene consecuencias para su poesía —como verás en breve—, en la que canta tanto sus raíces españolas como sus raíces indias). Recibió una formación católica en el Colegio de los Jesuitas de León (Nicaragua). Comenzó a escribir versos a los doce años y a publicarlos en periódicos, primero locales y nacionales, y luego de distintos países. También escribió numerosos cuentos y artículos en los periódicos (sobre todo en *La Nación* de Buenos Aires). En realidad, el periodismo fue su profesión más constante, su medio para ganarse la vida.

Fue amigo de hombres de letras y de políticos. Esto último le trajo sinsabores, sobre todo al principio de su carrera, teniendo que exiliarse a distintas repúblicas centroamericanas. Pero también le trajo beneficios, como ser cónsul de su país en el extranjero e, incluso, ministro de Nicaragua en España. Por todo ello, Rubén viajó mucho, por toda América y buena parte de Europa. Vivió casi toda su vida fuera de su país, sobre todo en Chile, Argentina, España y Francia. Pero para morir regresó a León (Nicaragua), donde falleció el 6 de enero de 1916.

Rubén Darío fue un hombre generosísimo, tímido, enormemente sensorial, sensual y sensible. Su afición a la bebida y su imprevisión económica le hicieron vivir casi siempre con deudas. Conoció la bohemia y poseyó gran elegancia espiritual. En las páginas que siguen verás su entusiasmo vital, su erotismo, su melancolía, su nobleza. También verás un sentimiento religioso que aflora, con diversos matices, acá y allá.

Muchos falsos amigos se aprovecharon de él, de su buen corazón y su generosidad. En la etapa final de su vida, él mismo nos lo narra en la «Epístola a la señora de Leopoldo Lugones», y nos confiesa su aristocracia espiritual:

A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,
y las ingratitudes. Mi maldita visión
sentimental del mundo me aprieta el corazón,
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
Por eso los astutos, los listos, dicen que
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.
Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!
Sí, lo confieso: soy inútil. No trabajo
para arrancar a otro su pitanza; no bajo
a hacer la vida sórdida de ciertos previsores.
Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero
quitarle de la boca su pan al compañero.

Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.
Gusto de gentes de maneras elegantes
y de finas palabras y de nobles ideas.
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas
trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos,
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.

«Mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París»

Capítulo aparte en la biografía de Rubén Darío son sus amores y matrimonios. Tuvo dos esposas y una amante, que cuidó fielmente de él. Su primer matrimonio fue con la hondureña Rafaela Contreras (1892), quien le da un hijo y muere en breve. Es la que aparece en su poesía con el nombre de Stella. Su segundo matrimonio fue con la nicaragüense Rosario Murillo, con la que fue muy desgraciado. En Madrid conoció a la joven criada Francisca Sánchez, natural de un pueblecito de Ávila. Francisca Sánchez se convirtió en la amante más fiel de Rubén. Lo siguió y acompañó en sus muchos viajes, y le dio tres hijos: una niña, que falleció muy pronto, y dos niños. Estuvo junto a él en los difíciles años del final de su vida y fue su mejor compañera hasta casi el final. (En esta Antología verás uno de los poemas que le dedica en sus últimos años: «A Francisca»).

La frase de Rubén que preside este apartado (y que pertenece al prólogo o «Palabras liminares» de *Prosas profanas*) no debe entenderse al pie de la letra, sino en sentido figurado, referente a su obra: su lengua es española, pero su inclinación estética va hacia París.

Efectivamente, desde su juventud Rubén sintió gran admiración por la poesía francesa, sobre todo por Victor Hugo. También, más adelante, por los parnasianos Leconte de Lisle, Mendès y Banville, y sobre todo por el simbolista Verlaine —de quien aprendería a convertir las palabras en casi música—. De todos ellos trazó Rubén hermosos retratos en prosa y en verso. (Alguno de ellos lo encontrarás en estas páginas).

Imagínate con qué emoción visitaría París en 1883. Allí se trasladaría nuestro poeta más tarde, en 1901, viviendo cinco